

## BASES

Este periódico se publica todos los días menos los festivos, repartiéndose además, gratis una edición a los obreros.

Oficinas:  
Beato Diego de Cádiz, n.º 6  
Talleres, en la misma casa.

# LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

## SUSCRIPCION

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50  
Provincias, trimestre . 5'00  
Número del día 10 céntimos;  
Anuncios a precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

## Cimientos sociales

Lo principal y que debe de merecer más atención en una casa son los cimientos: sin ellos se corre un verdadero peligro de desplome que puede muy bien proporcionar una verdadera catástrofe.

Esto que es indiscutible en lo material y que no puede bajo ningún punto de vista ponerse en duda, ocurre en el mundo de lo moral.

Los cimientos del hombre, bajo el aspecto de la reflexión y del cálculo se encuentran en la educación: sin ella, no obstante las condiciones que sirven para separar al ser humano de las bestias, no tendría el hombre más que un instinto perfeccionado, debido no al privilegio de su alma inmortal, que en cuanto a ella, siempre domina, sino a su mejor organización intelectual.

Pero como desde luego ya que se tiene inteligencia y ésta es susceptible de mejora y de cultivo, resulta un completo absurdo el hecho de que no se la cultive y perfeccione.

Dejar abandonadas las inteligencias, es absolutamente semejante al de aquel que disponiendo de obreros, de granos y de terrenos no se decidiera a cultivar, sabiendo que de no hacerlo habría de perecer de hambre.

La humanidad sabe que para cortar el terreno y camino a las utopías, para que la sociedad responda a la más noble misión en obsequio del adelanto y del progreso, hace falta educarla; necesita los sólidos cimientos de la ilustración.

Y como la sociedad está formada de tantas piezas como individuos la componen, la mayor perfección de estos, debe forzosamente que dar mayor perfección y ventajas a todo el organismo.

Por esto, el verdadero cimiento sobre que la sociedad descansa es la ilustración y a propagarla y difundirla deben de contribuir todos, cada cual en la medida de sus fuerzas.

## UN DISCURSO ADMIRABLE

## Palabras del Rey

He aquí las elocuentes palabras de D. Alfonso XIII, en el solemne acto de la imposición de cruces a los héroes de Bélmez.

## ¡INGENIEROS!

Pocas veces He sentido como ahora la legítima emoción que siempre inunda Mi ánimo al tocar las realidades vivas del pueblo español; y pocas solemnidades Me han movido a proclamar en forma más rotunda, Mi fe en la salud de la Nación y Mi enérgica confianza en el resurgimiento que este siglo se siente ya en la Patria, con el hervor de actividad de nuestras clases todas.

De gran satisfacción sirven también a Mi Real ánimo las frases de adhesión que el ilustre presidente de nuestro Instituto ha dirigido a Mi, a la Reina y a Mi augusto hijo el príncipe de Asturias.

Esos testimonios de impercedera gratitud de que protestáis ante el acto en que la nación, en Mi encarnada, honra el heroísmo y la grandeza de ánimo de uno de vosotros, son para Mi la prenda firme de vuestra exaltada sensibilidad al aplauso de la Patria; y tengo, la espontaneidad de vuestras efusiones ante Mi en esta fecha, como pacto concluido para colaborar, con implacable esfuerzo en la noble obsesión de engrandecer a España.

Pocas veces Me es dado en la dilatada

órbita de Mi misión constante, el ensanchar Mi espíritu al lado de los ingenieros. Por ello mismo, en esta memorable ocasión en que por vez primera llega hasta Mi vuestro Instituto, como símbolo que, enlazado con el áncora y con la ilustre insignia de las torres de plata, cifra en España la vida de la Ingeniería toda, no he de resistir el vehemente impulso que Me mueve a sellar este feliz encuentro con vosotros, con una personal comunicación de sentimientos que es tal vez obligación Mía haceros escuchar.

El cumplimiento del deber histórico que traen consigo las generaciones, de engrandecer y afianzar el cauce de la Patria por donde discurre inmortalmente la savia de la raza, siempre será obra necesaria de todas las actividades que realizan la vida nacional. Pero si en el fondo vive la Patria en toda época un modelo inalterable de condición moral, no es menos cierto que cada siglo arrastra una vocación dominante, y ésta es en el presente la exaltación del desenvolvimiento de las riquezas naturales.

El alma de los tiempos ha llevado en las naciones a término secundario la función misma del pensamiento en orden a atinar con la solución justa en las relaciones del individuo y la colectividad. Y es sensible, hoy como nunca, que una de las raíces más fuertes de la soberanía de los pueblos es su independencia económica frente a los demás.

Así, los ingenieros españoles de esta época, advertidos ya y notificados hoy de vuestra gran responsabilidad histórica, no podéis rehuir, ni el brío en la ofrenda de vuestro esfuerzo, ni el ardor en la consagración de vuestro sacrificio. Cerebros selectos como sois, forjados en el estudio de los elementos de conocer a la Naturaleza, tenéis la directa obligación de instruir bien este obrero español, de envidiable disposición en el trabajo, para consumir la perfección y originalidad de su obra que es la de España; y tenéis el estrecho deber de crear ciencia y técnica castiza nuestra, para que cuando en vuestro fecundo trabajo, de docta erudición, hayáis de importar cosas nuevas ó extrañas, las asimiléis a nuestro acervo, no como ingerencias exóticas servilmente imitadas, sino como dones nuevos hechos nuestros con señoría, después de haberlos acomodado al genio y virtud de nuestro pueblo y sin perder nunca nada de nuestro propio ser.

Pienso a menudo en que lucháis con vuestras máquinas por el dominio del mar y del aire; en que acudís en la tierra a redimir de la pobreza los tristes eriales de nuestras comarcas agotadas por la sequía; en que arrancáis bajo la tierra los minerales de nuestros veneros, y pienso que sufrís como guerreros—que función de guerra es arrancar secretos y tesoros a la Naturaleza con la mira de hacer fuerte a la Patria—; y pienso que sois, por raro y noble privilegio, la vena caudalosa de la prosperidad nacional que ha de nutrir a nuestro Ejército en la inmortal carrera de gloria con que siempre ha henchido la grandeza de nuestra Patria.

Por ello mismo, He querido deciros ahora que sería deseo Mío estar siempre al frente de vosotros, como lo estoy también al del Ejército; porque sois polos en la vida material de España; porque la Ingeniería es la semilla preciosa del engrandecimiento contemporáneo; porque quiero a vuestro lado multiplicar esa semilla y hacerla florecer en el ardiente y abonado suelo de la tierra española, y porque, aunque no He de acompañaros en el vuelo científico, que vuestra

copia de saber os consiente en vuestro horizontes intelectuales. He de encontrarme con vosotros en la pasión heroica de ofrecer el corazón, para que España viva ilustrando su bandera sagrada con nuevos é inmortales blasones de gloria y de grandeza.

## El príncipe Leopoldo

El telégrafo habrá dado cuenta a estas horas de la incorporación del príncipe Leopoldo a un regimiento de línea del Ejército belga.

Presumiendo que la información telegráfica habrá ido desprovista de detalles, anoto a continuación los que me ha suministrado un testigo presencial de la conmovedora ceremonia, a la que han asistido el Rey Alberto, la Reina Isabel, el príncipe Felipe y la princesa Carlota.

El príncipe Leopoldo, duque de Brabante, heredero de la Corona, nació el día 3 de Noviembre de 1901.

Ha cumplido 14 años hace cuatro meses.

Lleva el nombre de Leopoldo, por ser éste el de su tío-abuelo, el difunto Rey.

Marchó a Londres con su augusta madre y sus hermanitos cuando comenzó la guerra.

Sabido es que la Reina permaneció en Inglaterra hasta poco antes de la rendición de Amberes, y tornó al lado de su esposo.

La Reina dejó a sus hijos bien atendidos y regresó a territorio belga, donde ha sido y es ángel de bondad en los hospitales de sangre.

El príncipe Leopoldo, encariñado con su padre, que a su vez adora, en él, manifestaba impaciencia por volver a su lado y compartir las penalidades de la guerra.

El Soberano le había dicho: —Cuando tengas 14 años serás militar, como lo fui yo.

Cumplida la edad, el niño reclamó del autor de sus días el cumplimiento de la promesa, y Alberto I se ha apresurado a darle satisfacción.

El príncipe Leopoldo ha ingresado como soldado raso en el 12 regimiento de línea, uno de los que más gloria han conquistado en la presente campaña.

El peleó quince días sin descanso en la defensa de Dixmude, viendo sus filas mermadas en un 50 por 100 de su efectivo, pero rechazando siete ataques consecutivos de fuerzas alemanas, infinitamente superiores en número.

Es también el regimiento que no ha cesado de combatir en las riberas del Iser desde mediados de Noviembre, alcanzando brillantes triunfos parciales sobre el enemigo.

Su bandera ostenta el fiero león, símbolo de valor, y sobre él la cruz, signo de abnegación y nobleza.

El uniforme que el príncipe ha ostentado en el acto de su incorporación al regimiento consistía, como el de los demás soldados, en pantalón gris, poncho azul oscuro y quepis belga.

Sus antecesores, cuando fueron, como él, solamente príncipes, ingresaron en la milicia ostentando ya algún grado.

El Rey Leopoldo y su hermano Luis Felipe salieron de la Academia como oficial de granaderos el primero, y de guías el segundo.

Los dos hijos del conde y de Flandes fueron oficiales de granaderos y de Carabineros, respectivamente.

Las circunstancias han hecho que el heredero de la Corona no haya podido ser militar con igual rango que lo fueron

su padre y su abuelo; pero, por lo mismo, el ingreso del príncipe como simple soldado ha producido mayor entusiasmo y admiración en el país.

El regimiento formó en una explanada, ante el grupo que formaban los Reyes, sus hijos y el Estado Mayor.

La princesita Carlota se sentaba en un sillón.

A su lado, de pie, se hallaba la Reina, que daba la mano al príncipe Felipe. Vestían, la augusta señora traje muy sencillo negro, y el uniforme de alumno de la Escuela Militar, su segundo hijo.

El nuevo soldado, cuyo rizado y rubio cabello ofrecía contraste con el azul del capote y del quepis, tenía el fusil colgado del hombro derecho, y esperaba órdenes.

El coronel del regimiento se acercó al Rey con la espada rendida, y S. M., con entonación serena, le dijo:

—Coronel, os entrego un soldado. Como soldado debe comportarse, y como a soldado le debeis tratar.

Es hijo mío; pero ante todo y sobre todo, es hijo de la Bélgica, que necesita del esfuerzo de todos sus hijos para recobrar su independencia, llegando al indudable y definitivo triunfo de su santa causa.

El coronel contestó con estas palabras:

—Señor, el regimiento de línea número 12, se considera honradísimo con acoger en su seno a S. A. R., a quien el ejemplo de su augusto padre servirá de estímulo para el cumplimiento de sus deberes.

Soldados, ¡viva el Rey! ¡Viva Bélgica!

La contestación a estos vivas, fué estruendosa, formidable.

El Rey tendió la mano a su hijo, que después de cuadrarse y saludar militarmente a su madre, echó a andar, siguiendo al coronel.

El príncipe quedó incorporado a la primera compañía del regimiento, previas unas palabras del coronel al capitán, y la corneta de órdenes dió el aviso de formación en columna de honor para desfilas ante Sus Majestades.

Poco después, los tambores batían marcha, y las compañías desfilaban mirando los soldados a las Personas Reales, a la voz de ¡viva a la izquierda!

El príncipe Leopoldo ocupaba el primer puesto de la primera línea, pasando, por consiguiente, el más próximo a los Reyes.

La Reina contestaba al viva unísono de los soldados, agitando su pañuelo, y la princesita Carlota miraba atentamente a su madre, en cuyos ojos se hacía visible pugnando por salvar un raudal de lágrimas.

ROBERTO CARMAUX.

## Por Telégrafo

Madrid, 12 (varias horas).

## Política y políticos

### Un canard

El señor Dato nos dijo que no era cierto lo publicado por varios periódicos el martes sobre contrabando de armas.

Ya le dije al señor Fernández Arias que tenía la seguridad que no existía el contrabando de armas.

He llamado al señor ministro de la Guerra, enterándole de la denuncia, manifestándole que es un infundio, en nuestro Parque están los fusiles y los

